

La calle para el viernes 7 de enero de 2011

Diario de un espectador

El último caudillo

Miguel ángel granados chapa

Muerto el 29 de diciembre, la vida de Héctor Mendoza ha atraído la atención de la comunidad teatral, pero también de los simples aficionados como este espectador, que le dedicó las columnas iniciales de este 2011.

Queremos cerrar el ciclo en que hemos hablado de él compartiendo con los lectores un juicio muy autorizado, el de Fernando de Ita, que tras su apariencia de periodista dedicado al teatro esconde a uno de los más vastos conocedores de esa forma de la cultura. Escribió ayer en *El Financiero* una columna cuyo título conservamos aquí, El último caudillo, en referencia a Novo, Gosotiza y Villaurrutia, a los que también se les atribuyó el carácter de líderes de la comunidad teatral:

“Con la complicidad de Alejandro Luna, el otro mago del teatro universitario, Mendoza emprende en los años ochenta una indagación dramática y escénica sobre el sentido del teatro y sus hacedores- Esa pesquisa tiene su momento estelar en ¿Y con Nusístrata qué? y su cima intelectual en Hamlet tal vez. La ligereza formal fue una de las mayores virtudes del teatro mendocino, un teatro aéreo que engendró actrices de altos vuelos como Julieta Egurrola, Rosa María Bianchi, Delia Casanova entre muchas más, porque Mendoza fue sobre todo un notable formador de intérpretes. Sin su magisterio nuestra escena no tendría tres generaciones de mujeres tan fuera de serie como ellas.

Como todo ser de carne y hueso, Mendoza tuvo fracaso y contradicciones memorables. Su fiasco mayor fue sin duda la Ana Karenina que montó con Silvia Pinal para Teatro de la Nación en los años ochenta. La superproducción en que Alejandro Luna hacía entrar una locomotora en el escenario careció de las virtudes de su teatro pobre y el maestro sufrió con resignación la lluvia de críticas. Ignoro cómo vivió la negación a los principios que estableció desde su llegada al Centro Universitario de Teatro, donde forjó una disciplina grotowskiana, plena de pasión, respeto y entrega total al teatro. Por años infundió a sus alumnos la integridad por su profesión, que no pasaba por los sets de televisión. Para las huestes mendocinas la televisión comercial era la traición a la honradez del actor, a su ética, a su conducta, y un buen día el maestro Mendoza llegó a Televisa de la mano de Ofelia Medina para dirigir una serie fuera de lo común para esa empresa, ciertamente, pero como se vio en los resultados, con los vicios congénitos de la casa. No fue menor el daño moral que le hizo a sus seguidores esa paradójica decisión del maestro.

Antes de las fechas navideñas la doctora Lidia Camacho, directora del Festival internacional cervantino reunió a Luz Emilia Aguilar, Claudio Kuri y el de la voz (es decir Fernando de Ita) para ayudarle a decidir quién

merecía el reconocimiento que le daría en 2011 a un hombre de teatro.. Luz Emilia, que conoce al dedillo la vida y obra de Mendoza lo propuso a él y nos sumamos a la propuesta porque salvo Alejandro Luna y José Solé ningún otro hombre en activo en el teatro suma tanta vida y tanta obra dedicada a esa forma de soñar la realidad que es la ficción dramática. La delicada salud de Mendoza indicaba que él fuera el elegido. La muerte llegó primero. Se llevó al último pilar de un teatro que estuvo a la altura del mejor teatro del mundo, entre otras cosas por la imaginación, el magisterio y la sabiduría de uno de los hombres más adelantados de nuestro tiempo”.